

# La comunión en la vida religiosa, desde la perspectiva de género<sup>1</sup>

---

*Georgina Zubiría, rscj*



Las religiosas y los religiosos conocemos la invitación que nos hacen diferentes documentos del magisterio eclesial para vivir en comunión; de hecho, es un rasgo que confesamos como constitutivo de nuestra identidad religiosa. La exhortación del Papa Juan Pablo II, “Vita Consecrata” va incluso más allá pues nos llama a ser verdaderamente personas “expertas en comunión”<sup>2</sup>.

Esta invitación es coherente con el evangelio de Jesús que invita a la humanidad toda a vivir ya, desde ahora, la comunidad escatológica:

“Llegaron su madre y sus hermanos y, quedándose afuera, lo mandaron llamar. La gente estaba sentada alrededor de Jesús, y le dijeron:  
¡Oye! Tu madre, tus hermanos y tus hermanas están afuera y te buscan.  
Jesús les respondió:

¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?

Y mirando entonces a los que estaban sentados a su alrededor añadió:  
Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios,  
ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.

(Mc 3,31-35)<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Este artículo, con algunas modificaciones, fue presentado en la Asamblea Anual de la CIRM-México, el 1o. de mayo de 2004

<sup>2</sup> VC., 46

## 1. Tenemos dificultades para vivir la comunión

Si miramos la realidad, parece que hay una conciencia más o menos común de la contradicción -o cuando menos la distancia- que existe entre nuestros deseos, ideales y discursos sobre la comunidad y la comunión y lo que es realmente su vivencia concreta y cotidiana.

Cada una y cada uno podemos recuperar lo que hemos vivido, lo que hemos visto y escuchado sobre experiencias que impiden la comunión. Hemos buscado formación humana y ayuda terapéutica que, en ocasiones, nos han permitido superar diferencias y limar asperezas. Sin embargo, nuestras estructuras siguen impidiendo la práctica real de la comunión.

A pesar de que la situación es muy compleja, que requiere traducirse a las realidades particulares y que debe profundizarse y discernirse, los estudios de género nos ayudan a tomar conciencia y a poner nombre a algunas realidades.

## 2. Algunos aportes de los estudios de género

### 2.1 Las estructuras patriarcales reproducen la división

Un dato fundamental es que, más allá de la vida religiosa, vivimos dentro de una cultura patriarcal sustentada en la dominación de unas personas y la subordinación de otras.

La cultura patriarcal, que tiene su origen en el universo grecorromano anterior al cristianismo, incluye una serie de estructuras<sup>4</sup> que dividen a la humanidad en razón de:

- El género: se considera que el varón y lo masculino son superiores a la mujer y lo femenino;
- la raza: el ser humano de raza blanca se considera superior a la persona de color;
- la clase: son más valoradas las personas ricas que las pobres;
- la cultura: se aprecia más a las personas cultas que a las ignorantes;
- la edad: se considera que las personas mayores son más personas que la juventud y la niñez;
- la salud: las personas sanas son más apreciadas que las enfermas o las que tienen capacidades diferentes;
- el estatus religioso: se da más poder a la jerarquía eclesiástica que al laicado.

---

<sup>3</sup> Los textos están tomados de la Biblia de América

<sup>4</sup> FIORENZA, E. S. *Pero ella dijo*. Trotta, Madrid, 1996, p 153.

Como sabemos, en la “democracia” griega el poder lo tenía el “patrón” o “patricio” que siempre era un hombre griego, libre, culto y propietario. El tenía el control y el poder de dominación sobre las mujeres griegas, libres, cultas. Y, de ahí, se derivaban una serie de controles y dominaciones sobre griegos y griegas pobres; sobre esclavos y esclavas, sobre extranjeros, etc...

Para justificar la contradicción entre el ideal democrático y la realidad de opresión-subordinación, surgió la ideología que explica las diferencias como naturales y, por lo tanto, de origen divino<sup>5</sup>.

Un dato conocido es que en la cultura patriarcal los hombres crecen con un sentimiento de superioridad mientras que las mujeres tenemos dificultad para sanar nuestra autoestima por el sentimiento de inferioridad que nos acompaña.

Sin embargo, la pirámide patriarcal no sólo reproduce la inequidad, el control y el poder entre hombres y mujeres sino que también sustenta diferencias entre hombres y hombres, entre mujeres y mujeres. Una mujer blanca e instruida puede dominar, por ejemplo, sobre un hombre indígena y monolingüe.

Estas relaciones inequitativas no están exentas de violencia: A más poder, se considera mayor la capacidad de juicio, de verdad y razón así como mayor capacidad de condenar, castigar o perdonar a quienes están bajo dominio<sup>6</sup>.

Tanto las mujeres entre mujeres como los hombres entre hombres estamos divididos por estructuras jerarquizadas de poder y control en base al prestigio, la raza, la clase, la lengua, la salud, la edad, etc.

En la vida religiosa, comúnmente hablamos de superiores y superiores mayores, provinciales, locales. Este lenguaje, como recurso que nos configura, supone la existencia de personas subordinadas que, implícitamente, vienen a ser inferiores y menores.

Sabemos, también, que se dan abusos de poder, relaciones de alianza o dependencia con quienes tienen cargos de autoridad moral o económica. Todavía hay institutos en los que se tiene que pedir permiso para llamar por teléfono, salir a la calle o comprar un par de zapatos.

---

<sup>5</sup> FIORENZA, E. S. *Cristología feminista crítica*, Trotta, Madrid, 2000, pp 32s.

<sup>6</sup> LAGARDE, M., *Género y feminismo*, horas y horas, Madrid, 1996, p 70.

## 2.2 Necesitamos recrear significados

En segundo lugar hay que destacar que, aunque se ha extendido la creencia de que el género es relativo a las mujeres y lo femenino, en realidad la teoría de género confronta el significado que hemos dado a ser “mujer”, ser “hombre”, lo “masculino”, lo “femenino” y sus asociaciones con lo privado y lo público, lo sagrado y lo profano, lo personal y lo social.

Por ejemplo, desde la perspectiva de género se observa que la iglesia y la religión, a partir de la revolución industrial, se desplazaron del espacio público al espacio privado y se identificaron con lo que equivocadamente la cultura patriarcal ha reconocido como femenino: la piedad individual, el trabajo caritativo y asistencial, el cuidado de la familia y del hogar.<sup>7</sup> Igualmente, la asociación de lo femenino con la naturaleza y de lo masculino con la cultura, justifica el dominio y la explotación ilimitada de los recursos de nuestro planeta.

## 2.3 Necesitamos revisar las relaciones intra-genéricas

En tercer lugar, señalamos que la teoría de género estudia las relaciones inter e intra-genéricas así como los deberes, las prohibiciones, los privilegios que hemos aprendido por ser hombres o por ser mujeres.

Somos conscientes de que en algunos de nuestros institutos se dan luchas de poder entre grupos o personas. También constatamos que al interior de nuestras comunidades se presenta una gama de dificultades para la convivencia cotidiana: vigilancia y control, intolerancia, pleitos, indiferencia, imposición, competencia...

Los estudios de género nos ayudan, en parte, a comprender estas situaciones pues nos dicen que:

- **Los hombres** han aprendido que para sobrevivir necesitan acumular poderes y por eso, abierta o veladamente, compiten entre ellos para dominar a otros hombres. Se miden y jerarquizan entre sí. Incluso, “conquistan” el poder ejerciendo violencia “legítimamente”.<sup>8</sup>

Los hombres dependen de sus relaciones:

---

<sup>7</sup> FIORENZA, E. S., *Cristología...* p 64.

<sup>8</sup> LAGARDE, o.c., 77-81.

- con sus pares, para vincular y sumar poderes;
- con quienes dependen de ellos, para acumular reconocimientos y ganar lealtades y servicios;
- con quienes tienen más poder, porque han aprendido que así valen más.

El padre Barrete, siendo superior general de su congregación, atravesó una fuerte depresión. Ya recuperado, escribió una carta a sus hermanos en la que termina diciéndoles: "Nuestra formación y cultura piden enmascarar lo más posible nuestra vulnerabilidad, nuestra necesidad. Nos han enseñado a mostrar siempre la imagen de la fuerza, a no dejarnos emocionar, a tener el control de nosotros mismos, a ser independientes y a no tener necesidad de nadie (...) Un aspecto de la gracia recibida es el reconocimiento de la capacidad, fruto de la misma gracia, de mostrar nuestra vulnerabilidad. Sólo entonces sentiremos aquella necesidad de Dios que conduce a la conversión. Sólo entonces experimentaremos la necesidad los unos de los otros que lleva a la comunión."<sup>9</sup>

Por nuestra parte, ya hemos dicho que **las mujeres**, al vivir en una cultura patriarcal, nacemos con nuestra autoestima dañada y por eso buscamos compensar nuestro sentimiento de inferioridad siendo prepotentes o discriminadoras.<sup>10</sup> La mayor parte de las veces no somos conscientes de las causas pero uno de los efectos más fuertes es la culpabilidad enfermiza.

Cuando estamos en posiciones de mayor poder o pertenecemos a grupos que consideramos de más categoría y prestigio podemos obstruir a otras personas y grupos en su desarrollo.

- Las mujeres también competimos;
- por obtener reconocimiento social;
- por desplazar a otra(s) mujer(es);
- por ganar un espacio propio;
- por los vínculos con hombres o instituciones que nos otorgan valor.

---

<sup>9</sup> BARRETE, G., *Cómo logré salir de la depresión*. Revista Testimonio. No. 114. Santiago de Chile, p.86.

<sup>10</sup> LAGARDE, M., *Claves feministas*, horas y horas, Madrid, 2000 p 27.

Ivone Gebara, cuando habla del mal practicado por las mujeres dice que ellas “pueden desarrollar una crueldad, una envidia o unos celos domésticos tales que reproducen el sistema de violencia que existe en la sociedad... Son las mujeres quienes, en el ámbito doméstico, reproducen las estructuras sociales más fundamentales. Son ellas las que, con su presencia en el hogar, en la escuela y en la iglesia, garantizan la reproducción de las normas del sistema patriarcal.”<sup>11</sup>

## 2.4 Podemos crear la comunión

Finalmente, y lo más importante, es que los estudios de género nos dicen que estas realidades se han construido en la historia en base a las diferencias anatómicas entre los sexos. Explican, además, cómo esas diferencias se han convertido en desigualdades sociales y políticas<sup>12</sup>. Esta constatación es una buena noticia porque, al reconocer que estas inequidades son creación nuestra, entonces también está a nuestro alcance el modificarlas.

Si bien es cierto que en la vida religiosa hemos heredado estructuras patriarcales de organización y formas jerarquizadas de relación, que nos hemos apropiado de ellas y que las reproducimos en y a través de nuestros institutos, también es cierto que podemos transformarlas y que las mujeres podemos participar en el cambio como personas responsables, adultas y autónomas, en condiciones de igualdad con los hombres.

## 3. La comunión que propone Jesús

En la invitación a vivir ya la comunión escatológica, Jesús nos ofrece un fundamento invaluable en la búsqueda de la equidad. Recordemos el texto:

“Llegaron su madre y sus hermanos y, quedándose afuera, lo mandaron llamar. La gente estaba sentada alrededor de Jesús, y le dijeron:

¡Oye! Tu madre, tus hermanos y tus hermanas están afuera y te buscan.

Jesús les respondió:

¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?

---

<sup>11</sup> GEBARA, I. *El rostro oculto del mal*. Trotta, Madrid, 2002, p. 133.

<sup>12</sup> Ib. p 26

Y mirando entonces a los que estaban sentados a su alrededor añadió:

Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.” (Mc 3,31-35).

Este es un texto previo a Marcos que ya ha sido reelaborado por la comunidad cristiana primitiva; sin embargo recoge una experiencia fundante de Jesús.<sup>13</sup>

La comunidad de discípulos y discípulas que vive la voluntad de Dios se opone a la familia patriarcal. La organización no es piramidal sino circular. Se encuentran alrededor de Jesús.

En el judaísmo, -y, como ya hemos visto, en el universo grecorromano- en los que Jesús vivió, la familia patriarcal era una estructura básica. En Israel se sacralizaron los vínculos de la sangre para asegurar la pureza y el honor del clan presidido por el padre.

En la comunidad propuesta por Jesús

- Es significativo que no aparecen los padres.<sup>14</sup>
- Las mujeres claramente son incluidas: “mis hermanas y mi madre”.
- Iguala a hombres y mujeres: “mis hermanos, mis hermanas y mi madre” tienen igual dignidad, igual autoridad, iguales derechos. Supera así la autoridad justificada en el género.
- Reivindica la supresión de la estructura y el poder patriarcales.

Estas afirmaciones pueden sustentarse en otros textos que hablan sobre las relaciones que deben caracterizar al grupo de seguidoras y seguidores de Jesús.

La buena nueva narrada por Marcos tiene implicaciones estructurales: Rechaza el poder y el estatus del padre y ofrece como alternativa una comunidad con estructuras circulares, inclusivas e igualitarias en la que el paradigma principal de discipulado es el niño, el siervo, el que, entonces, era el más marginado entre los marginados.<sup>15</sup>

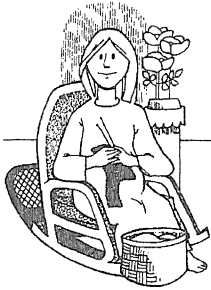
---

<sup>13</sup> PIKAZA, X., *Sistema, libertad, iglesia*. Trotta, Madrid, 2001, pp 135-154 y FIORENZA, E. S. *En memoria de ella* DDB, Bilbao, 1989, pp 195-203.

<sup>14</sup> A pesar de que esta afirmación ofrece dificultades de interpretación, los especialistas mencionados en la nota anterior, la apoyan con fuerza. Cf. Nota 13.

<sup>15</sup> Cf Mc 10,15.

Los padres, las estructuras patriarcales de poder, propiedad y dominación sobre otras personas, deben dejarse para llegar a ser y para anunciar con la vida la buena nueva.



“Les aseguro que todo aquel que haya dejado casa o hermanos o hermanas o madre o padre o hijos o tierras por mí y por la buena noticia, recibirá en el tiempo presente cien veces más en casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierras,<sup>16</sup> junto con persecuciones, y en el mundo futuro, vida eterna.”  
(Mc 10,29-30).

#### 4. Posibles consecuencias

Quienes colaboren en la creación de relaciones y realidades justas e igualitarias, sin opresiones ni jerarquías, en las que participen las mujeres, los indígenas y migrantes, los negros, las minorías emergentes y las mayorías marginadas, posiblemente conocerán el conflicto y la persecución.

El conflicto, porque esta búsqueda cuestiona ideas, valores, principios y creencias que hemos asimilado profundamente y que es importante transformar.

La persecución, porque intentar cambiar nuestras estructuras congregacionales, las normas y las creencias dominantes en la iglesia y en la sociedad puede causar malestar a las personas y a las instituciones sobre todo a aquéllas que están más vinculadas a los privilegios del orden patriarcal.

Si queremos vivir en fidelidad creativa al evangelio es necesario ponernos en marcha y convertir nuestra mentalidad y nuestro comportamiento para crear relaciones justas y equitativas que nos permitan realizar como hijas e hijos de Dios en condiciones reales de igualdad.

<sup>16</sup> Cabe destacar que en este texto, en la segunda parte, tampoco se menciona a los padres.